

Juan Benet y el pensamiento literario del medio siglo

Siempre es buena ocasión de recordar la inteligente y en todos los sentidos alargada figura de Juan Benet¹, un autor al que no se le ha prestado toda la atención crítica, al menos toda la que se merece si se compara con la crítica deparada a otros escritores de su momento, ni ha obtenido el favor de un público mayoritario debido probablemente al hecho simple y escueto de que buena parte de su obra ofrece no escasas dificultades comprensivas por su autorreferencialidad y, en muchas ocasiones, carácter experimental, por la extrema longitud de sus párrafos discursivos, por las digresiones que apartan de la historia, por su tensión intelectual y abundancia léxica, entre otras razones posibles, constituyendo la misma un permanente y tenso reto a la inteligencia lectora, de lo que él era muy cons-

¹ La figura de Juan Benet se ha prestado de siempre muy bien al retrato, cuando no a la caricaturización, tal como, entre muchos otros, han hecho la desaparecida Montserrat Roig (1975, p. 19) y Manuel Vicent al hilo de un artículo sobre García Hortelano («Una lección de hidalguía», El País, 4, abril, 1992). La primera dejó escrito en una entrevista lo que sigue: «Juan Benet es una especie de paja-

rraco alto y desgarbado que parece despreciar a todo el mundo, de quien es difícil pensar que le aburra la literatura y sobre todo hablar de ella. Supongo que le encanta representar el papel de niño desapasionado, o así me lo pareció el día que lo entrevisté. Continuamente una mata desordenada de pelo cano cubría sus ojos y continuamente sus dedos larguísimos, feos y huesudos lo apartaban. No para

ver mejor, sino para alejarse, su mirada, hacia puntos concretos cuya situación yo no podía captar». Vicent escribe: «También he viajado con él en compañía de Juan Benet para dar charlas a tres bandas en alguna ciudad, y desde el Jaguar con el volante a la derecha el ingeniero hablaba del jurásico cuando atravesábamos una determinada loma, daba lecciones de puentes, de presas, de resistencia de ma-

teriales, del románico, del gótico, y Hortelano asentía como suelen hacer los buenos escuderos, y a mí me parecía aquella humildad una provocación, pero al final la resolvía con una salida desenfadada llena de calor humano aunque no menos corrosiva. Ambos iban mirando hacia la crestería: uno es alto, flaco, inteligente y ácido; el otro era apaisado, sabio, natural, funcionario».

ciente², aunque una vez procurara la atención de un público mayor como efectivamente ocurrió con su presentación al siempre discutido premio Planeta con *El aire de un crimen*, en 1980, lo que suscitó cierta polémica en la tribu literaria.

Así pues, es, si no normal, frecuente que esto ocurra con un autor de una gran personalidad literaria, esto es, con un autor con estilo propio y decidido cultivador del estilo, muy pronto separado, además, de ciertas tendencias de grupo dominantes para andar por el mundo de la literatura sin concesiones, con paso personal firme y decidido, tendencias de las que no era fácil sustraerse, tal como pone de manifiesto Angel Fernández Santos en un lúcido artículo (1983): «Pero había —dice— censuras más complejas que ésta. Recuerdo que durante algún tiempo, debido a no recuerdo qué tesis literarias con marchamo de última hora de la *estética revolucionaria*, estuvo mal visto, así como suena, escribir bien. No era, al parecer, lo bastante proletario, o realista, o no se sabe qué. Te colgaban el sambenito de *estilista* y ya no tenías nada que hacer en el izquierdismo literario: eras un tipo de derechas sin saberlo, lo que te obligaba a torturas y descabelladas introspecciones en busca de aquellos envenenados genes que te conducían, sin tú darte cuenta, a tales aberraciones estéticas». Con este u otro similar sambenito, para los de una ladera, anduvo Benet por la vida literaria y política de los años sesenta y setenta, aunque sin practicar las referidas introspecciones ni cultivar la mala conciencia. Todo lo contrario: hablando en voz alta, invocando la mejor cara de la razón y provocando el debate dialéctico, lejos de todo gregarismo. De ahí sus polémicas con los realistas de turno, a las que ahora después me referiré, y su defensa teórica y práctica del espacio autónomo de la literatura en relación con otras instancias sociales, lo que no dejaba de surtir sus efectos en pleno franquismo, pues no se olvide que la oposición al régimen de excepción era muy diversa y de gran anchura. Ahora bien, en el sentido que sigue, como dice D. K. Herzberger (1986, p. 25), Benet representa la antítesis directa de los escritores neorrealistas del medio siglo, aunque publicara su primera obra teatral, *Max*, que es la única que se ajusta a la estética de la literatura social, en el número cuatro de *Revista Española* correspondiente a 1953. Con *Nunca llegarás a nada*, de 1961, comenzará a andar ese renovador camino literario.

La defensa de estas posiciones por parte de Benet explica que hiciera del estilo literario no sólo un cultivo permanente sino también uno de los objetos teóricos más sobresalientes de su indagación. Esto explica, por otra parte, que tanto el término estilo como el de estilística anduvieran por nuestra larguísima postguerra sobredeterminados teórica, literaria y políticamente, tal como ponen de manifiesto ciertas críticas que daban a esta corriente

² Benet decía de su estilo y escritura que se trataba «de oscuros párrafos que sólo entregan su contenido tras repetidas lecturas y sólo se leen realmente si no se han comprendido» (apud Ricardo Gullón (dir.), *Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana*, Madrid, Alianza, 1993, p. 167, correspondiente a la entrada «Benet, Juan» elaborada por Darío Villanueva).

como formalista, idealista y en apariencia neutral, esto es, no contenidista, no real-materialista y no comprometida, llegándose a casos verdaderamente curiosos como el enfrentamiento de Celaya y Pinillos³. Ahora bien, frente a ciertos reduccionismos de época y ciertas simplezas teóricas de la más plana estirpe contenidista, hubo escritores sociales, los mejores desde luego, que, como Celaya y Otero, no sólo no despreciaron el estilo sino que hicieron de su uso todo un reto creador y un problema de teoría poética con objeto de conseguir una buena o socialmente eficaz forma literaria. La poesía de Blas de Otero se comenta por sí sola al respecto y los razonamientos de Celaya sobre el particular resultan harto elocuentes cuando tratan de justificar el prosaísmo como un recurso retórico y no como un defecto o vicio literario, esto es, cuando teoriza en favor de un estilo de la escasez y rechaza la escasez de estilo⁴, algo que es compartido por el propio Benet cuando le responde a Montserrat Roig (1975, p. 21) lo siguiente: «Te preocupes o no, todos tienen un estilo propio, aunque sea zafio. Incluso la presunta despreocupación de algunos escritores no es más que una manera de abordar el problema del estilo».

A partir de estas breves notas apuntadas, podemos intuir que el problema del estilo se viviera como si se tratara de una aventura. De ahí el título de mi trabajo, título que en honor a la verdad tiene el precedente de un famoso artículo del poeta y editor Carlos Barral, «Reflexiones acerca de las aventuras del estilo en la penúltima literatura española», aparecido en aquel tan interesante como polémico número extraordinario de *Cuadernos para el Diálogo*, dedicado a «30 años de literatura: narrativa y poesía española (1939-1969)», donde denuncia la extrema pobreza del estilo de la literatura de ese tiempo y el equilibrio de mediocridades existente en la novela española hasta que aparecieron los primeros renovadores de la poesía con posterioridad a 1955 y los renovadores de la prosa, entre los que no olvida citar el nombre de Juan Benet junto al de Sánchez Ferlosio y al de Martín Santos, de cuyas novelas dice (1970, p. 42): «Las tres novelas que antes cité [*El Jarama*, *Tiempo de silencio* y *Volverás a Región*] al hablar de los límites del realismo social lo son en todos los sentidos y son las tres muy importantes, desde el punto de vista de la invención formal precisamente».

Comienza, pues, a quedar claro de salida cuál es el lugar que ocupa nuestro escritor en el medio siglo e incluso hemos adelantado ya la conciencia que tiene el propio Benet de esa ubicación: su rechazo a toda literatura realista que muestre poco interés por el estilo, algo lógico si tenemos en cuenta lo que decía Gimferrer (1979) del estilo benetiano: «Lo que más pudo en su día chocar al lector español en Benet es el estilo, violenta transgresión y desafío lanzado a la totalidad de la prosa castellana de posguerra». El compromiso social se torna en Benet compromiso con su escritura

³ En mi libro *La teoría y crítica literaria de Gabriel Celaya (Granada, Universidad, 1989)* me he referido con detenimiento (p. 150 y ss.) a la amistosa polémica que sostuvieron Celaya y el poeta aragonés Manuel Pinillos cuando éste puso a continuación del prólogo que le había solicitado al poeta vasco para su libro *De hombre a hombre toda una insólita «Justificación de un prólogo» con la que matizar una afirmación de Celaya en torno a la estilística. No es caso de entrar de nuevo en la cuestión, por lo que remito al lector a la fuente indicada para que vea hasta qué grado llegaba el debate y el enfrentamiento entre corrientes evasivas y realistas, etc.*

⁴ Puede verse mi comunicación «Notas sobre prosaísmo y retórica en la poesía social española», en Garrido Gallardo, M. A. (ed.), *Crítica semiológica de textos literarios hispánicos, volumen II de las Actas del Congreso sobre Semiótica e Hispanismo, Madrid, C. S. I. C., 1986, pp. 603-617.*

(Ortega, 1974). De ahí que nuestro autor piense que la literatura no tiene por qué poseer una función social expresa ni el hecho de que la posea se traduce en una virtud para la misma, puesto que nunca ha sido un pilar de la sociedad —sólo un accesorio— ni ha tenido que ejercer ninguna influencia sobre ella; cuando así lo ha hecho, como en el siglo XIX, ha resultado nefasto para la misma literatura al ajustarse tanto a la sociedad, que ha perdido su singularidad (Benet y otros, 1970, p. 50; Benet, 1970d). Benet es, pues, un decidido defensor del individualismo creador y de la singularidad, originalidad y unicidad de la obra literaria. No olvidemos en este sentido sus constantes intervenciones en la polémica mesa redonda de *Cuadernos para el Diálogo* sobre novelística e individualidad, donde rechaza la novelística por ser un concepto *a posteriori* que define un entorno literario y tanto resta individualidad como tiende a una literatura de consumo (Benet y otros, 1970). La literatura, pues, debe estar atenta a una realidad no inmediata y exenta de preocupaciones sociales o colectivas (Benet, 1978, p. 14). El escritor no se define por sus ideas ni por su compromiso, sino por la ambigüedad de sus ideas y por lo que haya podido hacer avanzar la literatura misma (Roig, 1975, pp. 25-26). La cuestión del compromiso sartreano-marxista, es rechazada, pues, por nuestro ingeniero de la palabra con fuerza. Su conciencia de que el mundo no es fácil moverlo y de que una idea no cambia la faz de la tierra hacen que niegue cualquier posibilidad de cambio en esta dirección (Merino, 1983, p. 38). No ha lugar, pues, el compromiso social. El único compromiso posible se establece entre el autor y su obra, lo que afecta a terceros, y éste debe resultar lo más ligero posible con objeto de que se logre un trabajo definido con la vista puesta en un código no moral. De todos modos, Benet establece dos etapas distintas en el nivel moral, la que corresponde a la compulsión, que nace con la obra y lleva al principio de autonomía de la obra de arte; y la que corresponde al compromiso, que es anterior a la obra y coloca al autor ante una elección (1965, pp. 38-39). Así, se da entrada al problema de la libertad que Benet hace coincidir con los límites del estilo y sus consecuentes implicaciones internas. Benet no sólo rechaza el compromiso político llevado a la literatura y sus resultados literarios social-realistas, sino que la emprende en contra del materialismo histórico por ser la teoría que alimenta tan, para él, lamentable poética por sus resultados literarios. La crítica que realiza de los supuestos materialistas es minuciosa y contundente: no cree que la historia se mueva accionada por un solo motor, no cree que la sociedad sea consecuencia exclusiva de la lucha de clases ni cree que la conciencia haya de ser conocimiento y participación en ese conflicto. Benet piensa siempre en la literatura como cosa literaria, literatura que por tener un *status* propio posee su propia moral que no tiene por qué